

Departamentales



LOCALIDADES AGOTADAS. Con capacidad para 850 personas, muchos fines de semana se llenaba, tanto en la función matiné como en la noche.



EL FINAL. Quito Zingaretti, ex propietario, en la sala de máquinas.

Historias de pueblo

Tupungato pierde su único cine

El Artemisia fue inaugurado en 1961 y acaba de ser vendido por sus dueños porque ya no podían mantenerlo.

El nuevo propietario quiere demolerlo y construir en el terreno un hotel de tres o cuatro estrellas.

Por **Sandra Conte** Fotos: **Walter Moreno**

El techo abovedado conserva la pintura azul con estrellas doradas. Más allá del escenario de madera, que cruje con cada pisada, se puede ver todavía la tela blanca sobre la que se proyectaban las imágenes. Y aunque las butacas tapizadas en verde están vacías, e incluso unas pocas despegadas del piso, no cuesta demasiado imaginarse épocas en las que estaban ocupadas por gente que asistía a la función doble con intervalo. Sin embargo, el Artemisia ha sido vendido y así Tupungato se queda sin su cine.

El comprador, Juan Iacono, ha decidido demolerlo para construir en el lugar un hotel de categoría. "Quiero que tenga un mirador en el último piso para que se vea la montaña y el cielo, porque me enteré que Tupungato quiere decir en quechua 'mirador de estrellas'", contó.

El hombre oriundo de Buenos Aires y que desde hace dos años vive en Mendoza, agrega que tiene planeado mudarse con su familia allí porque "a las 11 de la noche hay gente en la calle".

Sus dueños originales, la familia Zingaretti, optaron por vender el cine con 850 butacas después de haber luchado durante años

para mantenerlo. Es que, como a la mayoría de estos espacios, la muerte le llegó con la televisión a color, el video, el cable y otros avances tecnológicos.

El Artemisia abrió sus puertas al público por primera vez en julio de 1962, con la película: "Mi Buenos Aires querido", que fue traída especialmente desde Capital Federal. Luego, los "estrenos" llegarían con dos o tres años de demora, ya que antes de arribar al Valle de Uco pasaban por varias ciudades del país.

Pero en ese periplo, los films también

llegaban con varios cuadros menos. "Nuestras máquinas eran muy modernas, pero a veces se atascaba la cinta y se quemaba, así que la cortábamos y volvíamos a pegar. Y todos hacían lo mismo", recuerda Quito Zingaretti, hijo de Américo, quien, junto con sus hermanos Humberto y Mario, decidió construir el cine.

En aquel entonces, se estilaban dos fun-

ciones -la de matiné y la de la noche- los sábados y domingos. Pero si la película era muy buena, las proyecciones comenzaban el jueves. "Las que más gente traían eran las de Olmedo y Porcel y las mejicanas. Me acuerdo de una: 'El gallito colorado', que no servía de nada, pero cuando la pasábamos, siempre se llenaba", ríe Quito.

La ida al cine, que para muchos era la

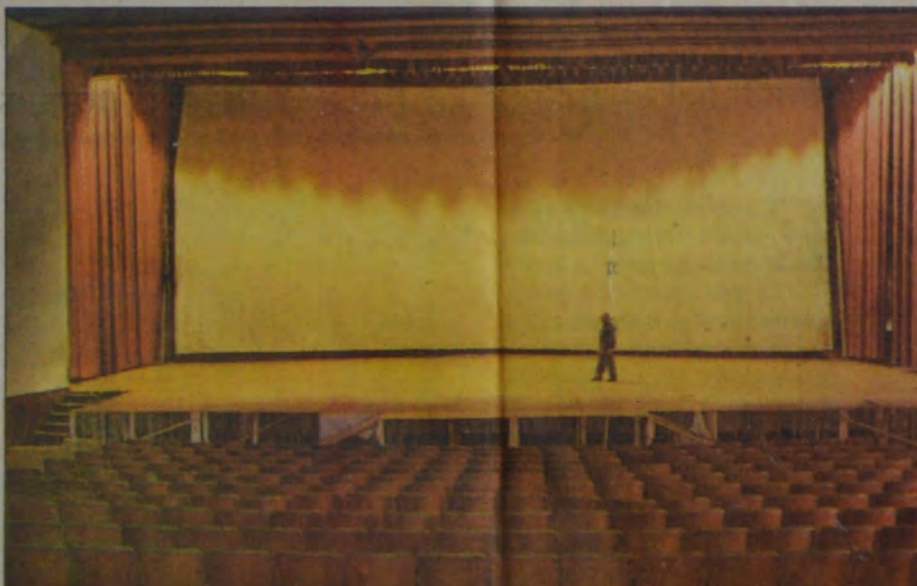
única salida del fin de semana, era compartida por toda la familia, aunque los más jóvenes ocupaban las butacas de la parte superior. "Muchos matrimonios nacieron en las funciones de matiné", añade Quito mientras observa el inmenso mural tallado en piedra en el hall de entrada, que representa rasgos particulares de Tupungato. Juan Iacono, por su parte, asegura que quiere rescatarlo para el futuro hotel, como también las máquinas de proyección que aún funcionan.

La caída

Sin embargo, los tiempos cambiaron y el negocio, que nunca dio mucha ganancia, comenzó a extinguirse de a poco. En un intento de salvarlo, el espacio se usó para recitales, obras de teatro, actos de colación, conferencias, eventos políticos, y esporádicas funciones de cine. "Era una batalla perdida porque lo que ganábamos había que invertirlo otra vez para mantener el edificio", comentó Carina Zingaretti, hija de Quito y quien fue encargada del Artemisia en los últimos 10 años.

Ella retomó el cine cuando llevaba varios años cerrado y optó por destinar el hall de entrada a cuatro locales comerciales. "Para las obras de teatro de artistas locales realmente se llenaba. Pero también venía gente que nada más quería entrar para verlo otra vez", contó.

A principios de los '90, la comuna lo alquiló y realizó varias reparaciones. En otra gestión (la anterior a la actual), el municipio cedió el equipo de calefacción del polideportivo a cambio de poder usar el cine dos veces al mes. Y el año pasado, la Municipalidad ofreció comprarlo, pero no llegaron a un acuerdo por el precio. Tampoco pudieron alquilarlo, ya que calcularon que serían necesarios unos 150 mil pesos para reacondicionarlo.



LA ENORME y lujosa sala. Ahora, sólo la ocupan los ecos imaginarios de antiguas películas.

Salida obligada

Para Eva Rojas, como para muchos tupungatino, el cine era una de las pocas salidas que existía. Ella vivía en una finca y una vez al mes iban al Artemisia con Giancarlo, quien después sería su esposo, y las dos hermanas menores de ella. Eva prefería ir a bailar, pero a Giancarlo, diez años mayor, le gustaban las películas "de pistoleros". Eran tan escasas las posibilidades de hacer algo, que Eva recuerda que se vestía con falda y tacos para salir a pasear por los callejones de las fincas.

Triste destino

El destino de los antiguos cines no ha sido afortunado, tampoco en el Valle de Uco. El Avenida de Tunuyán fue demolido hace más de 15 años, y ahora la comuna se ha visto obligada a construir un centro de congresos y exposiciones, que está casi terminado y en una segunda etapa podría sumar un micro cine. En San Carlos, en cambio, el municipio optó por declarar al Cine Real de La Consulta "patrimonio social y cultural del departamento" cuando sus dueños los pusieron a la venta. Por eso quien lo compre deberá respetar su uso y estructura.

"Nuestras máquinas eran muy modernas, pero a veces se atascaba la cinta y se quemaba, así que la volvíamos a pegar".

El Artemisia abrió sus puertas en julio de 1962 con la película "Mi Buenos Aires Querido", que fue traída especialmente desde la Capital.